

Nuevas teorías sobre las culturas indias de Cuba*

Fernando ORTIZ FERNÁNDEZ (†)**

Digitalización: Odlanyer Hernández de Lara

En una de las sesiones del Primer Congreso Nacional de Historia celebrado en la Habana en 1942, fueron presentados varios trabajos que desde varios ángulos convergían en un tema fundamental común, cual es el de las varias culturas de los indocubanos. Estos escritos fueron cuatro, a saber:

1. *Ensayo sobre cranea cubana precolombina*, por el doctor Fernando Royo Guardia.
2. *La religión de los indígenas antillanos, con especial referencia a los de Cuba*, por el doctor Oswaldo Morales Patiño.
3. *Las bolas y las dagas líticas, nuevo aporte cultural indio de Cuba*, por el doctor René Herrera Fritot.
4. *Puntos fundamentales de la prehistoria de Cuba*, por el ingeniero Juan A. Cosculluela.

Estos cuatro escritos eran debidos a los muy competentes y entusiastas miembros del “Grupo Guamá”, núcleo cubano de arqueólogos indianistas, que ya se habían hecho notar encomiásticamente por sus exploraciones y aportes científicos. Además, merecían la atención por la teoría, que de nuevo reafirmaban, de la necesaria clasificación de las culturas precolombinas en tres categorías, en vez de la división bimembre en *siboneyes* y *taínos*, con la cual se ha venido trabajando científicamente, sobre todo en las últimas décadas, después de la conocida obra de Harrington.

Confesamos que desde que comenzó a tratarse la tesis trimembre fuimos remisos en aceptarla, no obstante las indicaciones que ya habíamos hecho en la *Historia de la*

Arqueología Indocubana acerca de sus posibilidades. Nos acercamos a los citados trabajos con el propósito de someterlos a crítica dura, como si desempeñáramos el papel de “abogados del diablo” en un proceso de canonización. Pero debemos decir también, desde ahora, que por la lectura de tales escritos y por el estudio del conjunto de los objetos arqueológicos que les sirven de base y por la conexión que hemos encontrado de ellos con otros elementos antillanos, fuimos convencidos de que la teoría bimembre de las culturas *siboney* y *taína* ya no es suficiente para comprender todos los elementos arqueológicos de Cuba, ni sus relaciones con los de las otras Antillas, y que en lo sucesivo habrá que acudir a un tercer término, y hasta a un cuarto, para la clasificación de las culturas indias de Cuba. Estas consideraciones que siguen son una ordenación de las observaciones que hubimos de hacer en el susodicho Congreso Histórico.

De las cuatro monografías referidas, nuestra atención se concentró en dos de ellas. El estudio craneológico del doctor Royo quedó aparte, a pesar de su mérito, no sólo porque no sentimos afición a esa rama de la antropología, sino porque, como su mismo autor dice, se carece todavía de una base antropométrica suficientemente amplia y firme para poder llegar a inferencias seguras acerca de las razas indias que poblaron a Cuba hasta que las carabelas de Castilla trajeron nuevos tipos humanos a esta olla del Caribe donde habían de cocerse los huesos y sustancias de las más heterogéneas razas y culturas. Su estudio comparativo del hombre de la Cueva del Purial y de los otros esqueletos indios, como su mismo autor advierte, a causa

* Nota del Coordinador. Artículo publicado en: *Revista Bimestres Cubana*. Vol. LII. Segundo semestre. 1943.

** Nota del Coordinador. Fernando Ortiz Fernández (1881-1969). Nació en La Habana, Cuba, el 16 de julio y falleció en la propia ciudad, el 10 de abril. Antropólogo, jurista, arqueólogo y periodista. Estudioso de las raíces histórico-culturales afrocubanas. Más información: www.cubaarqueologica.org/html/person/ortiz.htm

de la insuficiencia de los datos obtenidos, no permite afirmar que aquél sea el representante de la cultura primera de Cuba, es decir, de la primera de una secuencia de cuatro culturas en vez de tres, aún cuando ello es muy posible y hasta probable.

El escrito del doctor Morales Patiño acerca de las religiones no pudo ser leído por nosotros en ocasión del citado Congreso. Aún hoy hemos de esperar a que su erudito autor publique su obra definitiva, con las notas bibliográficas pormenorizadas correspondientes a cada tesis de las que él sostiene, pues sin ellas hemos de vernos perdidos en una fronda espesísima y sin guía que nos señale cada paso. Por otra parte, fuera de su ingeniosa nomenclatura de vocablos indios aplicados a objetos arqueológicos que pueden presumirse de sentido religioso, su trabajo está hecho sobre disquisiciones lingüísticas, etimológicas y datos de los cronistas y viajeros, que en ese campo no tuvieron en realidad más que ignorancia y confusión, acrecentadas por su lógica tendencia a deferirlo todo a los númenes y mitos del paganismo precristiano, única vía de aproximación que ellos tenían hacia las creencias y prácticas religiosas de los indios. Parece que en este campo, más que en otro alguno, hará falta estudiar lo poco que se sabe de los indios cubanos engastándolo en una gran hipótesis construida con auxilio de la etnografía comparada, de la mitología primitiva y de la antropología social. Los conceptos hoy científicamente vagos de *animismo difuso*, de *fetichismo*, de *behiquismo* y de *cemismo* no parecen bastantes para base de una definición de los hechos religiosos, y habrá que partir del estudio de la expresión religiosa en los pueblos de atrasada cultura, buscando cómo situar en aquélla los hechos que se conocen de los cubanos aborígenes, comprobados por la arqueología y la historia. Las dos tesis que tratan más a fondo el tema de las *culturas indocubanas* son, en rigor, las de Herrera Fritot y Cosculluela, en las cuales se sostiene que éstas fueron tres y no dos como hasta ahora se ha venido aceptando.

Al celebrarse dicho Congreso Histórico aún no habían circulado en este país las dos últimas e importantísimas

monografías publicadas en 1942: la de Cornelius Osgood sobre *The Ciboney Culture of Cayo Redondo*, Cuba y la de Irving Rouse titulada *Archaeology of the Maniabon Hills, Cuba*. Se conocían los excelentes estudios de Irving Rouse *Prehistory in Haití*, 1930 y *Culture of the Ft. Liberté Region, Haití*, 1941, y el de Froelich G. Rainey, *Excavations in the Ft. Liberté Region, Haití*, 1941; pero su contenido aún no había sido proyectado sobre la arqueología estrictamente cubana, de modo que los citados informes de Herrera Fritot y Cosculluela se hicieron solamente sobre la base de los hallazgos hechos en Cuba y continuando la trayectoria teórica que se venía siguiendo. Los notabilísimos y fundamentales trabajos de dichos arqueólogos de la Universidad de Yale, sólo hace meses publicados, aportan novísimos descubrimientos acerca de Cuba y las conexiones establecidas por ellos con las otras culturas indoantillanas vienen a confirmar las hipótesis de los cubanos. La oportunidad ofrecida por la inesperada demora editorial en publicar los trabajos del Congreso Histórico nos permitió ampliar nuestras observaciones y reforzar nuestras tesis con los nuevos argumentos proporcionados por las obras de Osgood, Rouse y Rainey, las cuales, apenas publicadas, ya pueden considerarse como “clásicas” de la arqueología antillana en general y de la cubana en particular.

La tesis cubana de *las tres culturas precolombinas* consiste en sendas esferillas, de diversas sustancias pétreas y a veces con pulimento, halladas en yacimientos de carácter funerario. Esas piedrecitas esféricas fueron primeramente señaladas en los caneyes o enterrorios de la costa meridional de Camagüey, (1933) por el doctor Felipe Pichardo Moya, quien las llamó “bolas líticas”. En la misma región halló el doctor Antonio Navarrete otras “bolas de piedra de forma perfectamente esférica y de diámetro variable entre dos y seis centímetros”. El doctor Herrera Fritot en su monografía describe detalladamente esas “esferas líticas”. En 1938, el doctor García Vardés dio cuenta de otras seis bolas análogas en Ceja del Negro, Pinar del Río, y en 1941 halló en Viñales otras tantas. En ese mismo año la prensa

semanaria informa del hallazgo de otras ocho bolas líticas. Ricardo Jiménez, también en el sur de Camagüey, ha encontrado varias veces “bolas de piedra muy perfectas y pulidas” y “siempre en caneyes de muertos”, algunos “rodeando a un esqueleto humano”. En otro lugar, la Seiba, al Norte de Ciénaga Oriental de Zapata, en 1938 se encontraron varias bolas de piedra “del tamaño de la de billar”. Otras más han aparecido en los caneyes del Sur de Camagüey; en las lomas de Trinidad, Santa Clara; en Banes, Oriente; en Cumanayagua, Santa Clara; y otras trece, y luego dos más, trajo Herrera Fritot de las Cuevas de los cayos al N. E. de Caibarién. Recientemente ha escrito Osgood que en el museo neoyorkino de la Heye Foundation hay varias bolas de piedra de esos tipos procedentes de Camagüey y de Baracoa. (Ob. cit. p. 43). Así pues, esas piedras esféricas no se han encontrado en yacimientos reconocidamente *taínos*, ni en los atribuidos hasta ahora con seguridad a los *siboneyes*, sino en otros complejos culturales diferentes. Además, son acompañadas de otros arqueolitos igualmente singularizados, sin conexión reconocida con una ni con otra de las dos culturas indias que se han venido dando como clásicas.

La monografía de Herrera Fritot al Congreso Histórico, también comprende ciertos pequeños objetos de piedra que por su forma alargada, sus perfiles y su tamaño, él ha titulado “dagas de piedra”. Una se encontró junto a la Ciénaga de Zapata, en La Seiba, Aguada de Pasajeros. Otra en la Laguna de Malpotón, en los Remates de Guane, Pinar del Río. Otra daga halló Pichardo en los Caneyes del Sur, Camagüey. Otras dos proceden de San Miguel de los Baños. Otras de “Los Berros” en Banes, de la Playa del Mango y del Estero de Carenas en Bayamo; otras del norte de Matanzas; y, en fin, el mismo Herrera Fritot ha descubierto en 1941, por los cayos del N. E. de Caibarién, dos dagas líticas más. Estas dagas constituyen el novísimo aporte a la estratificación arqueológica de las culturas indocubanas, hecho por Herrera Frito, y es el que permite a nuestro pobre juicio, conectar los estratos cubanos con los hallados en las demás Antillas.

Además de esos artefactos, con ellos ha sido encontrado en dos ocasiones un objeto en forma de un 8 acostado, pero no se tienen detalles precisos de su figura, sustancia y demás características.

Todas esas bolas y dagas arqueolíticas de Cuba, cuando su hallazgo ha podido precisarse, han sido encontradas conjuntamente y en cuevas funerarias o caneyes de muertos, con sendos esqueletos humanos de cráneos sin deformaciones y también sin compañía de restos cerámicos, hachas amigdaliformes, ni demás restos típicos de la cultura *taína*. Tampoco ha sido encontrada por los arqueólogos cubanos en los residuarios de la cultura más arcaica.

Herrera Fritot deduce de tales objetos y hallazgos y de sus respectivos lugares y circunstancias que ellos reflejan la existencia en Cuba de una tercera cultura, que él ha llamado provisoriamente cultura de las *bolas líticas*, no sólo en los yacimientos análogos a los señalados por los cubanos, sino en otros correspondientes a culturas más atrasadas, si bien en éstos últimos su tecnología no es tan perfecta. También hay que añadir la noticia de la comprobada presencia de las llamadas *dagas líticas* en la cultura estudiada por Osgood en Cayo Redondo, Pinar del Río.

Para estas típicas piedras redondas propusimos el nombre de *esferolitos*; pero Herrera Frito objetó con razón que el vocablo pudiera provocar confusiones pues ese término ya se usa en mineralogía. Por esto pensamos mejor que pudiera admitir el neologismo *esferolitis*, aprovechando la palabra griega en su desinencia diminutiva. Así ha sido aceptado por dichos compañeros y por el muy culto profesor de griego de nuestra universidad doctor Manuel Bisbé.

Las *dagas de piedra* fueron llamadas así por Herrera Fritot a causa de su forma prolongada, puntiaguda en un extremo y en el otro roma y a veces como enmangada. Buscándole una denominación más singularizante dimos con el vocablo *gladiolito*, que fué enseguida aceptado y por eso lo usaremos, si bien hay que advertir que habrá de buscarse otro más adecuado y con un sentido más genérico por motivos que se expondrán en otro lugar.

Como bien observa Herrera Frito, esos *gladiolitos* son muy diferenciados del tipo de hachas petaloides *tainas* y de las anchas destrales denominadas generalmente *caribes*; de modo que no cabe equiparlos entre sí. Tampoco se pueden asimilar a objeto alguno de esa cultura de concha o arcaica que hasta ahora se ha venido llamando *ciboney*.

La diferencia entre *gladiolito* y las hachas tainas y las llamadas caribes depende del material y de la forma. El material blando en que están hechos los *gladiolitos* los distingue básicamente de las hachas petaloides o amigdaliformes (¿por qué no decir *amigdalitoides*, de una vez?) típicas de la cultura *taina*, las cuales son siempre talladas en piedras durísimas como diorita, jaspe, etc. Y con los destrales generalmente atribuidos a los *caribes* ocurre lo mismo por la dureza de su material pétreo.

Herrera Fritot ha descrito todos y cada uno de los *gladiolitos* en que basa su teoría y ha presentado un dibujo esquemático de once ejemplares de los encontrados en Cuba. Por su examen puede deducirse enseguida que no solamente su forma los diferencia totalmente de los *amigdalitoides* tainos, los cuales son todos de tipo simétrico y casi uniforme, sino que los *gladiolitos* se caracterizan dentro de sus líneas típicas esenciales, precisamente por sus muchas variantes, de manera que cada *gladiolito* viene a ser un objeto muy singularizado dentro del tipismo genérico. Ya Herrera Fritot ha distinguido dos de esas variantes, al decir que esas *dagas* o *gladiolitos* unas veces son bifurcados en el extremo superior o empuñadura y otras no.

Observando los once (Figs, 1 a 11) dibujos presentados por Herrera Fritot vemos que solamente uno, el primero, parece pertenecer al primer tipo de daga sin extremo bifurco. (H. Fritot cita otros dos ejemplares análogos “del tipo no bifurcado” en poder del escultor señor Ernesto Navarro, pero ignoramos su forma precisa). Y si bien se advierte, aun en ese ejemplar, que pudiera servir de prototipo, ya está iniciado el proceso embrionario para distinguir en su parte empuñadura dos porciones protuberantes, lige-

ramente indicadas por una línea suavemente cóncava que va de una a otra separándolas.

La variedad mórfica de esos *gladiolitos* cubanos es sorprendente y constituye una de sus características más curiosas, en varios de ellos (1, 6 y 10) no puede decirse que haya una parte propiamente destinada a ser empuñadura; parecen hojas sueltas sin mango. En otras (2, 3 y 11) el lugar del puño más bien asemeja a un extremo de hacha. Tres, (7, 8 y 9) tienen una marcada división entre la hoja de la daga y su puño, realizada por unas líneas o surcos que parecen servir para amarre de una dragonera. Dos ejemplares tienen en su lugar dos protuberancias que más impiden que facilitan el empuñarlas.

Pero lo que sí es característico en casi todos esos *gladiolitos*, acaso y en forma incipiente, hasta en el indicado prototipo del ejemplar número uno, es la bifurcación, bifidez, bilobulación, o binariedad, o sea la división en dos elementos estructurales de una de sus extremidades, la opuesta a la puntiaguda o destinada a ser la percuciente. La presencia de esa bifurcación en todos los ejemplares es una de las absolutas características de esos arqueolitos. Herrera Fritot y Cosculluela por eso las han denominado ocasionalmente “hachas bifurcadas”. Y es en esa bifurcación característica, estructural y no meramente exornativa, unida a su morfología genérica, real o simbólica, de un arma manual de percusión, donde habrá que buscar la interpretación social de tales *gladiolitos*. El reconocimiento de estos arqueolitos con categoría etnográfica típica nos parece inevitable y de extraordinaria significación.

Sea cual fuere el origen y uso de estas dagas de piedra o *gladiolitos*, se caracterizan además por aparecer arqueológicamente unidas a las *esferolíticas*, por lo cual conjuntamente vienen a integrar un mismo complejo cultural, distinto de los de otros que se han señalado hasta ahora en Cuba. Y esto a nuestro juicio ya es suficiente a demostrar en Cuba la realidad de una tercera cultura.

¿Cuál será esa tercera cultura? ¿Cómo distinguirla? ¿Cómo denominarla? ¿Cómo insertarla en la estratificación cultural antillana?

Que en Cuba existían tres culturas precolombinas no es una idea del todo nueva. Ya H. Beuchat en su *Manuel d'Archaeologie Américaine* (París, 1912) sostenía que en Cuba hubo más de dos culturas, o sean: 1, la *Guanacabibes*; 2, la *Chibcha* o *Guetare*; 3, la *Calusa* o *Timukua* de Florida; 4, la *Aruaca* o *Táina*; 5, la *Caribe*. Al referirnos a esa nomenclatura, en nuestra *Historia de la Arqueología Indocubana*, ya apuntamos la posibilidad de reducirla a solo tres términos. Ya Harrington señalaba una cultura *subtaína* entre la *ciboney* y la *taína*. Y luego Sven Lovén también indicó en Cuba los *guanabatabeyes*, los *ciboneyes* o *lucayos* y los *taínos*. Se basaban ambos autores en la rudeza de ciertos artefactos, los cuales, no pudiendo ya ser los más arcaicos, no tenían sin embargo, en su material, simetría, pulimento y elementos ornamentales, el adelanto técnico de los *taínos*. Sven Lovén dijo precisamente que en relación con todas las Antillas sólo en Cuba podía encontrarse una secuencia de tres culturas, pero ni Lovén ni Harrington llegaron a esta caracterización, definida y basada en las *esferolitas* y los *gladiolitos*. Por otra parte, Hatt, en su estudio arqueológico de las Islas Vírgenes (1924), sostuvo que hay en aquellas islas tres culturas: una muy atrasada, otra intermedia, para la cual escogió precisamente el título de *ciboney*, tomándolo de Harrington, y la cultura *taína*.

Felipe Pichardo Moya al descubrir en Cuba las piedras esferiformes las atribuyó a una cultura distinta de las dos que entonces se admitían. (*El Camagüey Precolombino*, Rev. Bimestre Cubana, La Habana, 1934, Vol. XXXIII, No. 2).

El sostuvo, contra Harrington, que *ciboneyes* y *guanacabeyes*, o sean los indios occidentales de Cuba, no eran los mismos; admitió de Harrington que en la estratificación étnica de Cuba por debajo de la cultura *taína* hay otra que le fué inferior en sus valores, y acepta la denominación de *ciboney* para distinguir la capa de la cultura *infra-táina* que indudablemente existió en Cuba. Así reconocimos ya en 1935 en nuestra *Historia de la Arqueología Indocubana* (pág. 353). Decíamos así: “Por el Sur de Camagüey han pasado tres culturas. Una, la superior, es la

taína. Las otras dos están representadas en los conchales y caneyes. Una se identifica con la inferior hallada en Oriente y Pinar del Río, o sea la generalmente conocida por *ciboney*, para la cual Pichardo propone el título de *guanacabeyes*, propia del indio de occidente, que, según Las Casas, “en nada se trataba con los demás de la isla”: La otra cultura, es intermedia, “pudiera ser acaso la subtaína de Jamaica” de que habla Harrington; pero Pichardo se inclina a considerarla como la verdadera *ciboney*, que según Las Casas, convivía con el *taíno*, sojuzgado por peste y “era casi como el indio de los Jardines”. Para Pichardo, las *gubias* son el signo arqueológico del *guanacabey* y las *bolas pulimentadas* lo serán del *ciboney*, como las *hachas petaliformes* lo son del *taíno*”.

Creemos, pues, que a Pichardo Moya corresponde el honor de haber formulado el primero la teoría de la clasificación etnológica trimembre de los indios de Cuba, basándose en datos arqueológicos.

Pichardo Moya tuvo en cuenta solamente las *bolas líticas*. Ahora hay que unir a éstas las *dagas líticas* de Herrera Fritot, e integrar con ambas el tipismo de la nueva cultura, amén de otros elementos líticos que acaso se le incorporen, como son esas “figuras en forma de ocho” y ciertas piedras discoidales, sin contar con las características de una cerámica menos evolucionada que la *taína*. El nuevo complejo arqueológico debe ser situado entre los otros dos conocidos hasta ahora como *ciboney* y *taíno*.

Por eso, aun cuando fuese provisionalmente y tratando sólo de ofrecer una nomenclatura fácilmente inteligible y expresiva de la secuencia cultural, propusimos denominarla, *paleolítica*, *mesolítica* y *neolítica*. La nueva o *tercera cultura* tendría una posición intermedia o *mesolítica*. Pese a los que opinan que esos términos no son aplicados en América, ya Sven Lovén, con criterio contrario, los empleó y muy atinadamente, teniendo en cuenta que esos vocablos significan una secuencia cultural, una *serie estratigráfica*, como ha solía decirse, si bien tal secuencia en América no está sincronizada con la homóloga del Viejo Mundo. Así se aprobó por el susomentado Congreso His-

Histórico. Pero esa nomenclatura, pese a su sentido secuencial, necesita otra de término cubanos que le sea en esto sinónima, pero de carácter etnográfico e histórico y más singularizante e inequívoca.

Esta labor está hecha por Cosculluela, entre los autores de que venimos tratando, y suyo es el mérito de haber dado sistema dentro de la arqueología cubana a la tesis de la *tercera cultura*, ahora calificada como *ciboney*. Para ello ha tomado especialmente como base los descubrimientos en Cuba de las bolas y dagas de piedra, los antecedentes de los cronistas y ciertos datos de la etnografía suramericana, donde él halla la troncalidad originaria de las últimas razas antillanas.

No todos los argumentos aducidos por Cosculluela nos parecen concluyentes. La tesis de que la cultura arcaica de Cuba vino de la Florida en una época geológica anterior a la presente, no está demostrada, aún cuando la procedencia floridana de esos protocubanos es posible, como ya sostuvo Sven Lovén. La transmigración de los aborígenes de sur a norte es más probable, teniendo a su favor las corrientes marinas, las demostradas experiencias de los ulteriores movimientos humanos en las Antillas, los cuales parten todos de Suramérica hacia el septentrión, y la no necesidad de llegar a una remotísima geografía pleistocena para suponer probablemente la ocurrencia en ella del primero y verdadero descubridor de Cuba y poblador de esta isla.

Algunos de los argumentos basados en Lafone-Quevedo y sus sapientes disquisiciones lingüísticas nos parecen también problemáticos. No es que se niegue la posibilidad de que la corriente *achagua*, que en esa teoría esta asimilada a la *ciboney*, llegue a Cuba. El mismo vocablo *achagua*, en sus formas *xagua*, *sagua* o *jagua*, abunda en la región central de Cuba, donde la cultura *ciboney* fué predominante. Pero las etimologías de *Guanahani*, *Camagüey*, etc., no parecen seguras, ni creemos fundada la negación de la tradicional etimología que se basa en el etimo “*cima*, *ciua*, *cigua*, piedra, roca, montaña, caverna”, que viene desde la conquista por los castellanos. Pero, en conclu-

sión, el estudio de Cosculluela es una brillante síntesis que confirma la realidad cubana de las tres culturas precolombinas, cabiéndose el mérito de haber fijado definitivamente sus nombres en el ambiente histórico cubano, a saber: *guanajatabey*, *ciboney* y *taína*.

Esto no obstante, los descubrimientos de Osgood en Cayo Redondo y los de Rouse en Maniabón, plantean de nuevo el problema de si serán cuatro, y no dos ni tres, las culturas precolombinas de Cuba. Los factores aportados por Osgood y Rouse no eran públicos cuando tuvo lugar el consabido Congreso; pero ahora, al redactar estos párrafos, no se puede ya prescindir de ellos. Digamos aquí tan sólo que la clasificación cuatrimembre de las culturas indias de Cuba parecen hoy indispensable si bien éste criterio, como toda otra observación y todo otro análisis de carácter científico, está en todo momento sujeto a revisión; máxime en estos días que corren cuando la arqueología cubana se encuentra en un estado de renovación y fluidez. En ese sentido, la división tripartita de Cosculluela pudiera modificarse subdividiendo la cultura *guanajatabey* en dos. Una podría conservar la denominación de *guanajatabey*: tal es la cultura tipificada en Cayo Redondo por Osgood. Otra, aún más arcaica, la cultura protocubana, sería la representada por la descubierta en *Guayabo Blanco* y otros lugares de aquellas comarcas de la Ciénaga de Zapata y, quizás, por la de la Cueva del Purial; pudiendo esta cultura ser titulada, si se atiende al nombre indio de aquella gran región como cultura *Auan*, lo que sería conforme con la nomenclatura geográfica de Cristóbal Colón; o, mejor quizás, como cultura *aüanabey*.

La interpretación de los consabidos arqueolitos cubanos nos han llevado a un minucioso análisis de sus características materiales y formales, y sobre todo a estudiar sus simbolismos y sus homologías por medio de la etnografía comparada; habiendo llegado a sendas inferencias hipotéticas que sitúan tales piezas arqueológicas con propios sentido en las diversas culturas cubanas y en las del resto del archipiélago antillano. Pensamos insertar nuestro trabajo en estas páginas, pero su extensión y los nume-

rosos grabados que habrán de ilustrarlo nos impiden satisfacer este deseo, dejándolo para un librejo que esperamos habrá de ver la luz en breve.

Ya con estas bases y formuladas las interpretaciones de las *esferolitias* y de los *gladiolitos*, hay que examinar su presencia en las demás islas antillanas, no solamente para comprobar en lo posible las hipótesis interpretativas que han sido inferidas, sino también para relacionarlas con los diferentes complejos culturales antillanos, tal como parece necesario después de los trabajos de Harrington, Huckerby, Fewkes, Hostos, Lovén, Osgood, Rouse y otros, unidos a los aportes cubanos. En esta tarea hemos empleado alguna labor, pero su exposición no cabe en esta oportunidad.

Sólo nos queda exponer algunas de las conclusiones finales de nuestro trabajo, las cuales anticipamos, aún sin acompañarlas con toda la argumentación que nos ha conducido a ellas.

CONCLUSIONES PROVISIONALES

A

En Cuba aparecen cuatro culturas, a saber:

- a) *Cultura primera* o *Awanabey*, la de Guayabo Blanco;
- b) *Cultura segunda* o *Guanajatabey*, la de Cayo Redondo;
- c) *Cultura tercera* o *Ciboney*, la de Maniabón,
- d) *Cultura cuarta* o *Taina*, la de Pueblo Nuevo y Maisí.

Esta clasificación no excluye la posibilidad de ir fijando subtipos en ellas.

B

Por su disposición evolutiva, pero sin implicar sinonimias por homología ni sincronismos, esas culturas pueden quizás distribuirse en iguales términos que los de la arqueología euroasiática: en *paleolítica* (la 1a. la 2a.), *mesolítica* (la 3a.) y *neolítica* (la 4a.).

C

La *primera* y *segunda* culturas de Cuba pueden haber invadido la isla por oriente desde Quisqueya o por occidente desde Florida y las Bahamas. La *tercera* y *cuarta* culturas vivieron a Cuba desde Oriente.

D

La *primera* cultura se extendió probablemente por toda la isla de Cuba. La *segunda* cultura también. La *tercera* cultura se estableció en la isla desde oriente hacia occidente, hasta un límite aún impreciso, pero que no sobrepasa de la región central. La *cuarta* cultura se asentó solamente en el extremo nordsede de Cuba, en la parte frontera de Quisqueya.

E

Las *esferolitias* no se encuentran en la *cultura primera*; pero sí en las otras tres. En la *segunda* cultura las *esferolitias* son rústicas; en la *tercera* cultura ya son pulidas; y en la *cuarta* cultura son complementadas con figuras simbólicas.

F

Los *gladiolitos* no existen en la *cultura primera*; aparecen ya en la *cultura segunda*; se multiplican morfológicamente en la *tercera*; y en la *cuarta* se truecan por *amigdalitoides* y otras piezas icónicas.

G

Las pocas hachas halladas esporádica y aisladamente en Cuba que se han solido tener por *caribes*, no lo son.

Otras arias conclusiones a que hemos llegado serían incomprensibles sin leer previamente los datos y disquisiciones en que se basan, por lo cual las dejamos para el próximo libro, en el cual tratamos ampliamente este tema de *las cuatro culturas indias de Cuba*.

La Habana, 30 de marzo de 1943.